



EPISODIO 9 – EL PODER DE JESÚS SOBRE LOS DEMONIOS

En el episodio anterior, hablamos de cómo Jesús fue rechazado en Nazaret. Su mensaje no fue bien recibido porque confrontó el orgullo de quienes lo escuchaban. Tanto así, que intentaron matarlo. Pero Jesús logró salir de allí y se dirigió a otra ciudad de Galilea llamada Capernaum.

En los versículos 21 y 22 del capítulo 1 del evangelio de Marcos nos dicen que Jesús llegó a enseñar la palabra de Dios en la sinagoga con autoridad, algo que sorprendió a todos, porque cuando los escribas enseñaban carecían de ella ¿y por qué Jesús tenía autoridad? Porque su enseñanza era poderosa, clara, penetraba hasta lo profundo del alma, del espíritu, las coyunturas, los tuétanos y lo más hermoso: lo que enseñaba coincidía con Su Testimonio, no había contradicción entre su mensaje y su vida. Y creo que ahí hay una gran lección para todos nosotros: la importancia de tener un buen testimonio si queremos compartir el evangelio, nuestro testimonio tiene que ser coherente con lo que decimos. Es necesario que nuestras palabras y nuestra vida estén en armonía.

Mientras Jesús enseñaba en la sinagoga, se presentó una escena impactante: un hombre poseído por un espíritu inmundo estaba allí. Fíjate que la Palabra no omite el lugar en donde estaba el endemoniado: en la sinagoga; un lugar en donde se lee la palabra de Dios, se adora y se canta salmos, y a pesar de ello se sentía cómodo en este lugar, sólo fue hasta cuando estuvo ante el Altísimo que se incomodó, el demonio no pudo quedarse en silencio. Gritó con desesperación, como lo registra **Lucas 4:34**: “Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios.” la frase ¿qué tienes con nosotros? La podríamos entender mejor como: ¿por qué nos estás atacando? Este demonio reconocía quien era Jesucristo y sabía que tenía el poder para destruirlo. Como lo dice **1 Juan 3:8** Cristo vino precisamente “para deshacer las obras del diablo”, por eso, los demonios tiemblan ante la presencia de Jesús.

Es sorprendente que los demonios sepan y reconozcan que Jesucristo es el Hijo de Dios. No tienen duda de su identidad divina. Por eso dijo: “Yo sé quién eres: el Santo de Dios”. Es paradójico que un espíritu inmundo reconozca claramente a Jesús como el Hijo de Dios, mientras que muchos científicos y pensadores dedican su vida a negar Su existencia o su divinidad. Para estos intelectuales, resulta más razonable creer que todo lo que vemos: la creación, el universo, la naturaleza, y hasta nosotros mismos, surgimos por casualidad, como resultado de una gran explosión. Recuerdo que, en la universidad, un profesor de física nos dio una ilustración: creer que todo surgió por accidente sería como lanzar al aire una mezcla de cemento, varillas, ladrillos y demás materiales... y que, al caer, mágicamente se forme una casa perfecta; sin embargo, para muchos esa idea parece más creíble que aceptar que hay un Creador inteligente, sabio y Todopoderoso detrás de todo lo que vemos. La Palabra de Dios es clara: “*Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el*

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19:1), es decir, que la creación misma da testimonio de Su existencia.

A pesar del conocimiento que tienen los demonios sobre Cristo, nunca lo aceptarán como su Señor. Abiertamente lo rechazaron, aun sabiendo cuál será su destino final: el fuego eterno, como lo dice **Mateo 25:41**.

Ante esto, Jesucristo dice lo que está escrito en **Lucas 4: 35** **“Y Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él. Entonces el demonio, derribándole en medio de ellos, salió de él, y no le hizo daño alguno.”**

Jesucristo no necesitaba el testimonio de un demonio para validar quien es, por eso lo reprendió de inmediato, le ordenó que se callara y saliera del hombre. Aunque el demonio intentó hacerle daño a esta persona, porque la sacudió con violencia, el Señor se lo impidió. El espíritu inmundo no tuvo más opción que obedecer, y salió de él de inmediato. ¿por qué? Porque ante una orden de Cristo, nadie puede resistirse. Con esto Jesús demostró Su poder, Su divinidad y Su autoridad sobre el reino de Satanás. Los que estaban presentes quedaron asombrados. Esta liberación provocó que la fama y reputación de Jesucristo se extendieran rápidamente por toda la región.

Es posible que algunos, al escuchar sobre este tema, se pregunten: “¿Por qué hablar de ello?” Otros, incluso, podrían sentir temor al oír sobre el diablo y sus ángeles caídos; el propósito de estos estudios es abarcar cada versículo donde Cristo literalmente habla, y si Él lo dijo, no podemos pasarlo por alto, Sus palabras son vida, verdad y autoridad, y cada una de ellas tiene mucho que enseñarnos.

Nosotros como hijos de Dios no podemos ignorar o rechazar la existencia de Satanás, él es un ser real, tanto así que en 19 libros del Nuevo Testamento lo mencionan y Jesucristo hace alusión en 25 oportunidades de él. Recordemos que, en un principio, Satanás y los demonios eran ángeles creados por el Señor que vivían en el cielo y le rendían adoración, como lo describe los pasajes **Isaías 14: 12-14** y **Ezequiel 28: 12-16**. Sin embargo, el orgullo nació en el corazón de Satanás cuando quiso ser igual a Dios. A causa de esa rebelión se levantó contra el Señor, arrastrando consigo a la tercera parte de los ángeles, y por ello fueron expulsados del cielo, aunque aún se les concede entrar al cielo, como lo dice **Job 1:6** para acusar delante del Padre a los hijos de Dios. En el día de hoy están entregados completamente a la maldad: buscan oponerse a los planes de Dios, sembrar engaño y mantener cegado el entendimiento de quienes aún no creen.

A pesar de esta realidad, nosotros como creyentes podemos tener plena seguridad de que no podemos ser poseídos por ningún demonio, ya que el Espíritu Santo mora en nosotros (**1 Corintios 3:16**), y Él no comparte Su morada con las tinieblas; al contrario, donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Sin embargo, esto no significa que el creyente esté completamente libre de la lucha espiritual. Los hijos de Dios pueden ser tentados, influenciados o persuadidos por el enemigo, quien busca sembrar duda, temor o desánimo en el corazón.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Muy diferente es la condición de quienes aún no han recibido a Jesucristo como Señor y Salvador. Las Escrituras muestran que una persona que no pertenece a Cristo sí puede ser poseída por un espíritu maligno, es decir, puede llegar a ser dominada por un espíritu maligno que influye en su cuerpo, sus pensamientos, sus palabras, sus emociones y en sus acciones.

En el corazón del creyente no debe haber lugar para el miedo porque Cristo ya venció al poder de las tinieblas y los dejó avergonzados en la cruz del calvario como lo dice **Colosenses 2:15**, Cristo ya derrotó a Satanás de una vez y para siempre.

En el momento en que depositamos nuestra fe en el Hijo de Dios, reconociendo que no hay otro camino para llegar al Padre sino a través de Jesucristo, nuestra vida es transformada por completo. En ese instante, el Señor nos rescata y nos traslada del dominio de las tinieblas al Reino de Su amado Hijo, tal como lo declara **Colosenses 1:13**.

Tampoco podemos caer en el error de dar protagonismo al diablo, porque algunos hablan más de los demonios que de Dios mismo, lo que sí debemos hacer es ocuparnos en lo que es verdaderamente importante: Mantener nuestra comunión con Dios mediante la oración y la lectura de la Palabra y llevar vidas de santidad para que cuando compartamos a los demás de Cristo, las personas reciban el evangelio, abran las puertas de su corazón y lo reciban como su Salvador. Cuando hacemos esto, nuestras vidas se convierten en testimonio vivo. Y así, cuando compartimos a Cristo con otros, sus corazones estarán más dispuestos a abrirse, para recibir el evangelio y aceptar a Jesús como su Salvador personal.

Querido oyente: Cristo vino a traer libertad a los cautivos y todo aquél que corre a Él con fe encuentra perdón, liberación y una nueva vida bajo el poder y la protección de Dios. Todos necesitamos venir a Cristo, sólo en Él hay vida, se rompen las cadenas, disipa las tinieblas, trae restauración, paz y una vida nueva.

Hemos llegado al final de este episodio, sígueme acompañando en nuestros estudios para continuar creciendo espiritualmente con las enseñanzas de Jesucristo, estoy segura será de bendición para ti y para todos aquellos a quienes las compartas. Te invito a que visites nuestra página web: "yJesúsdijo.com" y a suscribirte en nuestro canal de YouTube. Recuerda: **¡Si Dios está contigo... es suficiente!** Hasta una próxima oportunidad. Bendiciones.

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente." **Juan 6: 68-69**